

azahar en vuestro jardín; viene una noche de invierno, allá por Navidad, un ventisquero y un yelo tan grande, que le quema y le deja hecho ceniza, sin que quede de él rama ni hoja. Con todo esto sacáis a la mesa una hermosa naranja, de donde reserváis una pepita, la cual, sembrada, da un hermoso arbolito, que, injerto en el tronco de otro, le renueva y repara. Y si os preguntan: «¿Señor, cómo siendo esta naranja del propio árbol que esotras está tan fresca y no está tomada del yelo?». Respondéis que por que de antemano la noche antes la aviades cortado y cogido pegada a su rama. Verdad es que con aquel cierzo de la culpa que sopló en el paraíso, todo el árbol de la humana naturaleza quedó abrasado. ¿También la Virgen María? «Eso no; de antemano había Dios determinado la cortar...»

No deja de tener interés la actitud de hombres como el P. Granada, que se encontraban vinculados a una Orden y a una doctrina. En este gran escritor vemos la lucha entablada entre su sentimiento personal y la enseñanza oficial de los dominicos. De los tres sermones dedicados a la Inmaculada Concepción uno nos importa aquí especialmente: es aquel en que compara la Concepción de Cristo y la de María con las dos dedicaciones del templo, la de Salomón y la de Zorobabel. En la primera todo son músicas y alabanzas; en la segunda unos cantan y otros lloran. Cantan los unos y dicen: «Toda hermosa eres, oh María»; lloran los otros, diciendo: «En quien todos pecaron». Sin decirnos a quiénes pertenece él, el orador declara que todos están conformes en que fué luego llena de todas las gracias, y acumula los símbolos más graciosos, las imágenes más deslumbrantes, para cantar las grandezas de María y para demos-

trarnos que nos encontramos ante uno de los más grandes maestros de la retórica.

EL CARDENAL PACHECO Y EL CONCILIO DE TRENTO

Vemos claramente que la oposición no había desaparecido todavía completamente, y eso quedó bien patente por aquellos mismos días en el Concilio de Trento. Era difícil enfrentarse con los problemas de la justificación sin que nadie rozase la cuestión discutida. Por otra parte, había en la asamblea inmaculistas interesados en aprovechar aquella ocasión para zanjar definitivamente el conflicto. El primero de todos era el Cardenal-obispo de Jaén, don Pedro Pacheco, por quien defender el dogma de la Inmaculada Concepción se dijo «pachequizar». El fué el primero en sacar la cuestión apenas se empezó a discutir sobre el pecado original: «Muy bien —dijo él—, pero hay que ver lo que se resuelve acerca de la Concepción de María, porque urge dejar resuelto este punto.» Muy pocos son los que se adhirieron a su parecer en esta primera interpelación, pero desde este momento tuvo de su lado al obispo de Astorga. En junio de 1546 se presentó un decreto en el que se afirmaba la transmisión del pecado original, sin hacer la menor alusión a la Santísima Virgen. El cardenal de Jaén protestó inmediatamente, y esta vez hizo causa común con él un grupo numeroso, en el que figuraban los obispos de Astorga, Cádiz, Canarias y Huesca. Al artículo propuesto, ellos añadían esta cláusula: «A no ser que con alguién haya Dios dispuesto otra cosa, como piadosamente se cree de la Virgen María.» La enmienda pareció demasiado explícita y no fué aceptada textualmente, pero pocos días después, al aprobar el artículo, añadían los